



## CAPÍTULO III

Si nuestro viaje en el *Alfonso XII* no nos dejó nada que desear, seríamos injustos si no dijésemos que el *Ciudad de Cádiz* fué para todos hospitalario albergue, donde su amable Capitán se esmeró en colmarnos de distinciones. No tiene este vapor la magnificencia de aquél; pero en su hoja de servicios marítimos, digámoslo así, tiene páginas gloriosas, pues como veterano se ha batido varias veces contra las tempestades logrando salir victorioso.

En este buque nos acercamos á las costas de Portugal, la cuna de Vasco de Gama y de Camoens, y durante todo un día fuimos divisando aldeas medio ocultas en la montaña, Oporto, y por último, la silueta de Lisboa, donde por incomprensible arcano la flota inglesa se hallaba saludando amistosamente á su rival lusitana.

Después de una noche algo molesta por los movimientos del buque, el mar entró en calma, la luna dejó ver su estela sobre las ondas, y el día 7 de Diciembre se presentaba como un cisne surgiendo del Océano, la blanca ciudad de Cádiz. El cielo estaba muy azul y el sol brillaba con todos sus fulgores, haciendo resaltar la blancura mate del caserío que verdaderamente ofuscaba la vista.

Antes de abandonar el vapor para saltar á tierra presenciábamos una escena conmovedora. Venía con nosotros la esposa del señor doctor don José María Lozano, de Monterrey, que tiene en Cádiz una hija en la institución de las hermanas de la Caridad. Ansiosa estaba para abrazar á la hija de su alma; pero ¿cuál sería su sorpresa cuando la vió sobre cubierta en compañía de otra hermana? No es posible pintar la emoción de la madre dichosa que veía á su hija entregada al ejercicio de la más santa de las virtudes. La buena hermana supo hallar frases para consolarla, frases de aquellas que sólo inspira la religión de Cristo.

¡Quiera Dios que algún día vuelvan á nuestra patria esos ángeles de la tierra por quienes suspiran los enfermos de los hospitales y los niños de los orfanatorios!

Un remolcador fué á recogernos del buque; pero habiendo anclado lejos de la playa, no llegamos al puerto sino cuando las sonoras campanas de los templos anunciaban con sus lenguas de bronce, que eran las doce y la víspera de la gran fiesta que celebra todo el orbe católico en honor de la Inmaculada Concepción de María.

Al llegar á tierra, el señor Macías, acompañado por el

señor Capitán del vapor, fué conducido á las oficinas de la Compañía Trasatlántica, donde el señor Delegado de la misma lo esperaba para saludarlo y para informarse si los peregrinos habían sido bien atendidos durante el viaje. El incansable Presidente de la peregrinación le contestó afirmativamente, dándole las gracias en nombre de todos. Entonces el señor Delegado presentó al



VISTA DE CÁDIZ, DESDE EL PUERTO.

señor Macías un telegrama del Excmo. señor Marqués de Comillas, para quien todo elogio sería débil, en el cual ponía á sus órdenes incondicionalmente los elementos de la Compañía. Desde ese momento el *Ciudad de Cádiz* quedaba á disposición del señor Macías.

El Ilmo. señor Ibarra, con varios peregrinos, tomó el tren para Sevilla, donde asistieron á las fiestas del día, visitaron la célebre Giralda y pasaron el tiempo agradablemente, según nos dijeron á los que no tuvimos la fortuna de acompañarlos.

Las costumbres del pueblo gaditano son muy semejantes á las nuestras, de suerte que los mexicanos poco ó nada tuvimos allí que extrañar. A esto debe agregar-

se la solicitud y cortesía que lo caracterizan para hacer la permanencia del viajero en la ciudad tan grata cuanto es posible.

Como llegamos á Cádiz la víspera de su fiesta titular, vestía sus mejores galas. Por la noche hubo iluminación al frente de muchas casas, entre las cuales nos llamó la atención la que se veía en una fachada de la calle del Rosario: el monograma de MARÍA, formado con focos eléctricos de color de granate, se encerraba en medio de una corona de luces azules y color de topacio, produciendo un efecto excelente.

En la misma calle del Rosario, sobre la pared perteneciente al templo de ese nombre, hay una hermosa imagen que representa á la Virgen María bajo la tierna advocación de Refugio de Pecadores, y frente á la cual arde una lámpara constantemente. La Virgen no está pintada, como acostumbramos verla, con el Niño Jesús en los brazos, sino inclinada para acoger las preces de un grupo de pecadores, pertenecientes á todas las clases sociales. Esta imagen, muy venerada por el pueblo gaditano, está enriquecida con indulgencias que han concedido varios Obispos.

Pero no anticipemos los sucesos y volvamos al muelle donde los peregrinos acaban de saltar á tierra. En los momentos de desembarcar se verificó una interesante entrevista. El Ilmo. señor Obispo de Buenos Aires, que regresaba á su país con los peregrinos que llevó á Roma, fué personalmente á saludar al Ilmo. señor Ibarra. Las frases que se cambiaron ambos distinguidos Prelados fueron sentidas y elocuentes. Aquel acto fué simpático á todos los mexicanos viajeros que veían estrechar-

se con fraternal abrazo, en el suelo de la madre España, á dos altos dignatarios de la Iglesia Católica, pertenecientes á los dos países que van hoy á la vanguardia de la América latina: las Repúblicas Argentina y Mexicana.

Volvió también de Roma el Ilmo. señor Obispo de Montevideo, pero no tuvimos la satisfacción de verlo, porque ya estaba á bordo del *Alfonso XIII*, que debía zarpar pocas horas después.

Si la ciudad de Cádiz presenta á distancia un hermoso aspecto, no es menos bello el que ofrece al pisar el embarcadero. Cádiz no puede considerarse como puerto, puesto que el mar forma por todos lados, excepto uno, horizonte con el cielo, estando más despejado aún que Veracruz.

La ciudad, cercada por espesas murallas y á la cual se penetra por grandes puertas que se han abierto en ellas, fué fundada por Hércules, según la fábula, y el dios mitológico se ve reproducido en su escudo de armas. Frente al mar se levantan, hoy con símbolos cristianos, las célebres columnas que representan el *Non-plus-ultra* de las épocas legendarias.

Lo primero que se presenta á la vista, después de pasar la puerta custodiada por el resguardo de la aduana, es la espaciosa plaza de Isabel II, donde se levantan las hermosas Casas Consistoriales, en cuyo frente se leen inscripciones que se reputan como timbres de gloria para la muy noble y muy heroica ciudad.

De los edificios públicos merece una especial mención la Catedral. La parte exterior es majestuosa y la interior se ajusta perfectamente á las reglas del buen gusto. Sus columnas son airosas, no obstante el espesor

de ellas, y las naves se desprenden formando graciosas curvas. Sorprende, sin embargo, que por sus ventanas no penetre toda la claridad que fuera de desearse, en esa tierra de la luz.

Este monumento de la piedad cristiana se debe á un Obispo de Cádiz y Algeciras, á juzgar por la inscripción que se halla bajo su estatua levantada frente á la Catedral, y que dice: *A Fray Domingo de Silos Moreno, Monje Benedictino, Obispo de esta diócesis; grande en virtudes que dió al culto del Señor suntuoso templo. Sus admiradores. Año de 1856.*

No carece la ciudad de edificios elegantes, pero no lucen como debieran á causa de sus calles estrechas que forman con sus tortuosidades un laberinto capaz de desesperar al más listo.

Son dignos de visitarse: el palacio del gobierno militar especie de fortaleza con sus almenas; el manicomio, las escuelas, los templos de San Antón, San Francisco y Santo Domingo, las plazas públicas bien pavimentadas todas, con jardines unas y despejadas otras, pero permitiendo que luzcan los edificios que se levantan en el cuadro, y la plaza del mercado, al rededor de la cual había puestos de chucherías, rifas y juegos parecidos á los de nuestra capital, con motivo de las fiestas de Navidad.

El día 8 se verificó en la Catedral una solemne función en que ofició de pontifical el Ilmo. señor Obispo de la Diócesis, asistiendo á ella en cuerpo el Ayuntamiento de la ciudad. Después del Evangelio ocupó el púlpito un orador sagrado que en elocuente sermón supo presentar con santa audacia, digámoslo así, el

dogma de la Inmaculada Concepción á la luz de la ciencia, destruyendo con acerada lógica las argumentaciones de los positivistas. Deploramos no recordar el nombre de orador tan conspicuo y nuestra impotencia para reproducir fielmente su magnífico discurso.

Otro espectáculo nos estaba reservado presenciar, y fué el de la Misa á que asistió la tropa formada. Tuvo lugar en el templo de San Francisco, donde, á la hora de la elevación, tocó la banda la Marcha Real, hincando los soldados una rodilla y presentando las armas. ¡Qué hermoso es ver á los guerreros rindiendo adoración al Dios de los ejércitos!

Lugar delicioso es también el Parque Genovés, que tiene amplias avenidas, amenos jardines, un buen invernáculo, una gruta caprichosa en el centro de un estanque, y abundancia de plantas tropicales. Sobre la gruta se divisa el panorama de la ciudad, que parece una nereida surgiendo de las azules ondas del mar.

El señor don León Reyes, compañero nuestro en la peregrinación y jefe de una importante casa industrial de Puebla, visitó el Museo Arqueológico, del cual nos hizo elogios calurosos. Agradecido á la recepción de que fué objeto, nuestro compatriota regaló al Museo doce monedas, pertenecientes algunas á la época de la dominación española y otras á la circulación actual en México. Visitó también el señor Reyes el Museo de la Academia de Bellas Artes, ofreciendo enviar para su rica colección de pinturas una *Dolorosa* debida al pincel del insigne artista Francisco Morales.

La hora de dejar á Cádiz se acercaba, y para volver á bordo sólo esperábamos el regreso de nuestros com-

pañeros que habían ido á Sevilla. En tal virtud nos dirigimos al muelle donde una vez más nos colmó de atenciones la Compañía Trasatlántica, poniendo dos de sus estimables representantes á las órdenes del señor Macías. Tanto éste como el Ilmo. señor Obispo fueron trasladados al vapor en uno de los remolcadores de la Compañía.

Soplaba ligera brisa del Norte, pero el mar estaba sereno y la luna derramaba sus plateados fulgores sobre la tranquila superficie de las aguas. Deliciosa noche en verdad. Las luces del *Ciudad de Cádiz* se reflejaban en las ondas y los que bogábamos en el remolcador veíamos alejarse la ciudad con sus brillantes focos, formando un espléndido panorama.

¡Cómo suspirábamos allí por los seres amados ausentes de nosotros! No hay lira ni pincel que puedan copiar los encantos de noche tan hermosa. El mar, el temible monstruo que agita como un león su melena de espumas y ruge embravecido, yacía soñoliento al fulgor de la luna, y su tersa superficie parecía la de un cristal.

Amaneció el día 9 y con vientos bonancibles íbamos costeando la península. Apareció ante nosotros Tarifa, la ciudad que dió renombre á Guzmán el Bueno por su heroísmo sin par; pasamos luego frente á Algeciras para llegar en seguida al estrecho donde se levanta el peñón de Gibraltar, amurallado, perforado y artillado por los ingleses para hacerse dueños del paso al Mediterráneo. A la derecha se extiende el continente africano, con Ceuta, el presidio que se presenta á nuestros ojos para compadecer á los desdichados que allí expían sus faltas, y para recordar que al Sur de esa misma

parte del globo ha luchado hasta lo sublime un pueblo heroico, que no ha querido sacrificar su independencia.

¡Cuántos pensamientos se agolparon á nuestra mente al atravesar por aquellos sitios! La noble España se ve precisada á soportar en su propio suelo la invasión que le impone el orgullo británico, y ve levantarse enfrente de ella, al moro, su eterno enemigo alzando la media luna para luchar contra la cruz, sin recordar la lección recibida en la memorable batalla de Lepanto.

El Mediterráneo seguía tranquilo, pues apenas rizaba sus aguas el leve soplo de la brisa, así es que nuestra nave iba surcando la salobre superficie como si se deslizara sobre un lago de aceite.

A la mañana siguiente divisamos el puerto de Palos. ¡Quién sería aquel que no recordara la sublime audacia de Colón que de allí se lanzó hacia el Occidente para descubrir un mundo! La hazaña del inmortal genovés sólo se comprende después de haber surcado la inmensidad del Océano.

Las velas de los barcos pescadores destacaban su blancura sobre las azules ondas, indicándonos que entre las rocas basálticas de la costa se esconden aldeas, semejantes á las que canta Núñez de Arce, donde vive gente de mar.

Habíamos recorrido España de Norte á Sur, costeándola siempre, y perdiéndola sólo de vista al surcar las aguas que bañan á Portugal.

El 11 de Diciembre amaneció con espesa bruma, y el vapor se acercaba lentamente al puerto de Barcelona. Al fin se disiparon las nieblas y á los rayos de un sol de Otoño descubrimos el soberbio monumento á Co-

lón. La estatua del ilustre navegante se eleva majestuosamente sobre una artística columna, frente al mar, y con arrogante actitud señala la vasta extensión del Océano hacia el Occidente.

La ciudad que se enorgullece con haber sido la pri-



BARCELONA.

mera que recibió al sabio descubridor, después de su atrevida empresa, ha sabido perpetuar su gloria con un monumento rico en detalles, que sorprende favorablemente al viajero. En los bajo-relieves del basamento figuran los episodios principales de la vida de Colón, y las alegorías de que está adornado hacen de este monumento uno de los más notables de Barcelona.

Nuestro buque ancló cerca del muelle, así es que en pocos minutos nos hallamos frente á la nueva aduana,

edificio de buen gusto que se ha levantado frente al paseo.

Recorrimos luego la ciudad, fijándonos en todo aquello que nos llamaba la atención, comenzando por las espaciosas Ramblas que desde el puerto se extienden hasta más allá de la Plaza de Cataluña. Allí se encuentra el Café Colón, que por las noches, con sus centenares de luces, semeja un palacio encantado y nada tiene que envidiar á los famosos cafés de los boulevards de París.

La distribución de las Ramblas corresponde á las exigencias de una gran ciudad. En las aceras de uno y otro lado están los grandes establecimientos mercantiles; sigue el espacio destinado á coches y tranvías, y las calzadas del centro, con árboles de uno y otro lado. se hallan ocupadas por kioskos y por vendimias de pájaros y flores.

Paralelo á las Ramblas está el Paseo de Gracia, centro á donde se da cita lo más selecto de la sociedad barcelonesa, sobre todo en las tardes y en las mañanas, cuando hace buen tiempo.

Por la tarde visitamos el Parque, elegante paseo donde se ha erigido la estatua del general Prim. En esos sitios amenos pasamos un rato agradable, contemplando sus jardines, museos, vaquería suiza, invernáculos y sobre todo el *aquarium* lleno de pececillos de colores y la monumental cascada que rodean escalinatas espaciosas, estando rematada por un grupo alegórico que representa la Aurora, y teniendo á Venus en el centro sobre un carro tirado por caballos marinos.

Digna es también de verse la colección zoológica del

Parque, donde hay tantos animales domésticos escogidos, como enormes elefantes, tigres y leones de Africa, y avestruces del desierto.

En la noche, galantemente invitados por el señor Sañudo Autrán, periodista inteligente y sentido poeta, visitamos el Cinematógrafo de M. Napoleón, que tuvo para nosotros una novedad, y fué la de recorrer con la vista los salones del Vaticano con sus animadas escenas y admirar la noble figura de Su Santidad León XIII, en los momentos en que ocupa la silla gestatoria para bendecir al pueblo reunido en la basílica de San Pedro.

Para los que anhelábamos ver personalmente al Vicario de Cristo, fué esto un anticipo que nos causó gratísima sorpresa.

Siendo el siguiente, día 12 de Diciembre, nos retiramos á descansar para estar listos muy temprano, y acudir á la cita que se nos había dado con el fin de solemnizar nuestra gran fiesta nacional y religiosa.



Catedral de  
CAOIZ